

había escrito con la punta de la espada; no eran Arcole, Austerlitz ni Montmirail; ni el recuerdo de las altísimas pirámides, ni el pachá del Cairo y sus caballos nómadas, que mordían el pretal del suyo.

* *

No era el ruido de las bombas y de la metralla, que a sus pies durante veinte años produjeron las batallas, desencadenadas en negros torbellinos, cuando con sus manos plantaba en ese mar proceloso sus banderas en medio de la refriega, como si fuesen los mástiles levantados por la correcta alineación de sus batallones.

* *

No pensaba en Madrid, e Kremlin ni el Pharo, ni en la diana resonando al romper el día, ni en sus vivacs dormitando a la luz de las estrellas, ni en sus cabezudos dragones, ni en sus granaderos épicos, ni en sus rojos lanceros que hormiguearon entre las picas, como las amapolas entre la espesura de los trigos.

* *

No le preocupaba nada de eso, sino únicamente el recuerdo de un hermoso y sonrosado niño, que dormía con la boca semiabierta, mientras que, cariñosamente, su cuidadosa nodriza, enseñándole una gota de leche suspendida en

el pezón del pecho, se excitaba a que se sonriese.

* *

El padre entonces apoyaba los codos en los brazos del sillón y desahogaba el pecho henchido de sollozos, y lloraba de cariño.— ¡Bendito seas, pobre niño, hoy desaparecido de la tierra, único ser que podías distraer su pensamiento de la infortunada pérdida del trono del mundo!

v

Hoy los dos han muerto.— Señor, tenéis el terrible derecho de disponer de los mortales. Empezasteis por arrebatar al héroe invencible; después hicisteis lo mismo con el niño; diez años os bastaron para preparar el sudario del padre y el del hijo. Gloria, juventud y orgullo son los bienes que la tumba nos arrebató. El hombre bien quisiera dejar alguna cosa junto a la puerta de su sepulcro, ¡pero la Muerte le niega este consuelo! Cada elemento vuelve adonde todo debe descender: el aire se apodera del humo, la tierra de las cenizas y el olvido del nombre del hombre.

vi

¡Oh, revoluciones! ¡Soy el último de los marineros e ignoro lo que Dios elabora en la obscuridad,

debajo del tumulto de vuestras olas. La multitud se burla y os odia; pero, ¿quién sabe de qué manera Dios trabaja? ¿Quién sabe si el oleaje que se estremece, si el grito de los amargos abismos, si la tromba, si los truenos y los rayos son necesarios para que los mares produzcan la perla?

* *

Entretanto es temible esa tempestad para los pueblos y para las naciones, porque es un mar ciego y sordo el pueblo en revolución. Poeta, ¿de qué sirve tu cantar? Los cánticos que tu genio esboza caen en las olas inquietas, que no los oyen; la bruma enronquece tu voz, el viento lleva lejos tu pluma, ¡pobre pájaro que cantas en la punta del mástil de un buque perdido!

* *

Larga es la noche y la tormenta eterna; el cielo no presenta ni un pequeño espacio azul; hombres y cosas, en revuelta mezclanza ruedan hacia el abismo; todo abate el rumbo y se hunde en las olas, reyes en la cuna y señores del mundo; el grande y el infante Napoleón. Todo se borra, todo se desata; una ola sucede a otra, y la que pasa, olvida lo mismo al Leviatán que al Alción.

Agosto de 1832.

VI

APROPÓSITO DEL BAILE DE HOTEL DE VILLE

El Hotel de Ville ilumina de día a bajo su fachada; el príncipe y mil luces brillan allí, y la fiesta de esta noche va a resplandecer como alumbra la inspiración en la frente del poeta sagrado. Pero esa fiesta no ha sido, amigos míos, un pensamiento oportuno; nada justifica que Francia ofrezca este banquete; verdaderamente no es un baile lo que se necesita para aliviar los dolores de la ciudad.

* *

Hubiera sido más oportuno cerrar algunas llagas abiertas de las que asustan a los hombres pensadores, apuntalar la escalera que desde abajo llega hasta arriba, aumentar los talleres, disminuir los patibulos; hubiera sido preferible socorrer a los niños pobres que carecen de pan; hubiera sido preferible devolver el paraíso al desdichado impío en vez de encender arañas y a que pasen la noche despiertos algunos locos entregados al vértigo del baile.

* *

Reinas de nuestros hogares, mujeres puras y generosas, flores

que perfumáis nuestras viviendas, flores en la cabeza, barro en los pies y odio en el pecho.

Mayo de 1832.

«Vendedme vuestro cuerpo, esto es, vuestra alma»; vosotras cuyo corazón alberga la alegría y la inocencia, vosotras que asistís alegres a esta fiesta, mientras hay otros que sufren en otras partes, porque no sabéis que existen esos dolores, porque la casualidad os puso en la esfera más alta y vivís y brilláis sin ver, pues tanto os deslumbran los rayos de la felicidad, a los que bajo de vosotras gimen en las tinieblas.

* *

El príncipe, el rico, el universo entero sólo piensa en regocijarse al ver que nadáis en la abundancia. Poséis la belleza, disfrutáis de ricas galas; el susurro de las fiestas os embriaga, y como vuelan hacia la luz las mariposas, voláis hacia todos los goces de la vida. Acudís a este baile ignorando que entre la gente que os sigue, que entre la muchedumbre que sólo llega hasta las puertas, se encuentran otras mujeres, vestidas con tanto lujo como vosotras, que se adornan para luego venderse en las calles; que como vosotras para acudir al baile, deslumbrantes y semidesnudas, se presentan para veros pasar, ocultando su desgracia tras cínica sonrisa, llevando

VII

Señor, si queréis proteger a Francia, no debéis consentir las eternas luchas ni que la devoran, ni la existencia de esos tronos que se levantan y que se derriban en un momento, ni las tristes libertades que unos y otros nos conceden y que nos arrebatan, ni el torrente de lágrimas, de pasiones y de ideas que siembran en las costumbres sus olas desbordadas; ni esos tribunos que oponen una Constitución a un abuso, ni la guerra, cada vez más sombría y más profunda, que hacen los partidos al poder y el poder a los partidos; ni la repulsión de los grandes, que irrita a los pequeños; ni esos rumores, esos choques, esos clamores, esos sistemas que se fraguan en la obscuridad y que consiguen que el tumulto, el odio y el ruido informen los discursos, y que son la causa de que por la noche, cuando queremos entregarnos al reposo, se oiga el estrépito que producen los pesados cañones que ruedan por el empedrado.

30 de agosto de 1832.

dió en el ocaso; ayer exclamábamos: Grecia, Atenas, Esparta, Leónidas, Botzaris, Demóstenes, Canaris... luego llegó el entreacto, y ahora en nuestra imaginación, que llenaba tu apoteosis, la borramos para escribir en ella otros nombres. ¡Adiós, héroes griegos! Vuestros laureles están marchitos y nuestras miradas se dirigen a otras orientaciones. Ya no se oye forjar tu gloria sobre el yunque de la prensa, gigante que enciende todos los fuegos, prodigioso cíclope de voz tonante, a la que más de un Ulises hizo saltar el único ojo algunas veces. ¡Oh prensal Eres un obrero que despiertas todos los días y que deshaces con frecuencia lo que hiciste el día anterior; pero ya que es así, forja al menos con tus manos soberanas una armadura de bronce para todo aquello que sea justo.

* *

Te habíamos olvidado; pero, ¿qué te importa? Te resta, notable marino, el oleaje que te sostiene sobre tu navío, el viento propicio y la estrella de la tarde, que te ve partir. Te queda la esperanza, el azar, las aventuras, tus viajes, el cambio eterno de objetos y de lugares, la gozosa llegada y la alegre partida; el orgullo que siente el hombre libre de vivir en un brick fuerte, ligero y bien provisto, ya tenga que franquear sinuoso estrecho, ya le balancee,

VIII

A CANARIS

¡Canaris! ¡Te habíamos echado en olvido! Cuando ha pasado la hora del héroe, cuando el actor sublime hizo ya llorar o reír y pronunció en su tiempo las palabras que Dios le dictaba; cuando, llegados en el momento oportuno de las revoluciones, los grandes hombres acabaron de realizar sus trascendentales actos, brillantes o sombríos, y vuelven a entrar en la obscuridad, su nombre se olvida del mismo modo que el de los actores. Y hasta que llegue el día en que un inspirado poeta pueda crear un mundo, se apodere de ellos y encienda una aureola sobre su frente, nadie los recuerda y la multitud clamorosa que otras veces, en el instante de verlos aparecer, los aplaudía, si se les nombra delante de ella, estupefacta, pregunta: —¿Quién es ese hombre?...

* *

Te habíamos olvidado, Canaris, y se había eclipsado tu gloria. Movemos mucho calmoreo, pero en él no suenan aclamaciones ni cantos en tu alabanza; la multitud no sabe ya pronunciar tu nombre ilustre; el sol de tu fama se escond-

suavemente el Océano, ya le combatan los aquilones y las tempestades.

* *

Te quedan, ¡oh griego! el cielo sin nubes y el mar azul, tus ligeras águilas que en un vuelo recorren una legua, tu sol puro en todas las estaciones, la tranquila belleza de los tibios horizontes, tu lenguaje armonioso y sensual, que con el transcurso del tiempo ha participado de los idiomas de Italia, el idioma de Homero, en el que el Dante ha ingertado algunas palabras. Te quedan tus tesoros de hombre libre; el largo fusil con arabescos, el yatagán espléndido, los anchos calzones de hilo, los caftanes de terciopelo rojo franjeados de oro. Cuando tu navío huye sobre el mar, costean-do orgullosas playas célebres, te queda el goce de entrever, ya un frontón blanco en las brumas de la tarde, ya en un sendero cercano al mar a una mujer de Tebas o de Salamina, aldeana de lindos ojos, que va a vender trigo y que aguija la yunta de bueyes, sentada sobre un carro homérico, como la antigua Isis en los bajos relieves de Egino.

Octubre de 1832.

IX

Sola al pie de la torre, de la que sale la voz del amo, cuya sombra aparece a cada momento en el umbral de la puerta, acostumbra-da a ver que el esposo se convierte en verdugo, pálida y arrodillada en el suelo, estás, triste Polonia, vencida y atada y próxima a la muerte. Tus manos blancas a falta de tus hijos estrechan sobre el pecho un crucifijo empapado en tu sangre. Los bachkirs (1) han pisoteado tu manto real, que conserva aún las huellas de los clavos de sus sandalias. Cada instante se oye rugir una voz, el ruido de pasos, y se ve relucir un sable; y tu, cogiéndote a los muros que bañas con tus lágrimas, y levantando los moribundos brazos, la decaída frente y los ojos empañados ya por la sombra de la muerte, exclamas:—«Francia, hermana mía, ¿no quieres venir a defenderme?»

Septiembre de 1835.

X

AL HOMBRE QUE VENDE A UNA MUJER

Es una vergüenza, no sólo para esta mujer, que fué sagrada para todos, de corazón débil, pero de

(1) *Bachkirs*: pueblos que habitan al pie de los montes Urales, al Sudeste, entre los ríos Ural y Volga.—(N. del T.)

alma grande, sino también para él, porque significa la deshonra de su nombre en lo futuro, los blancos cabellos de su padre infamados, la profanación del pudor público; es el honor, es la fe, es la compasión, es el juramento lo que con infame cobardía ese judío vendió

* *

Judío, los impuros mercaderes a los que vendiste su alma aguardarán mucho tiempo, antes que otro hombre más miserable aún vaya a reclamarles el fondo del saco lleno de oro que hicieron vomitar sobre ti.

* *

Eres más que judío, eres un inmundo pagano, un renegado, vergüenza y escoria del mundo, un apóstata, un traidor extranjero, que nos obliga a pensar que, después de los trastornos y de las guerras civiles, queda aún algún bandido, algún forzado, que quiere hincar el diente en Francia en el pan de la traición.

* *

¿No comprendiste, miserable, que siempre debe mirarse con respeto a los proscriptos; que no se debe golpear el pecho que nos alimentó; que una hija de reyes, de la que fuimos vasallos, no debe ponerse en venta en un infame antro, y que, aunque dejó de reinar, no dejó de ser mujer?

* *

Vuelve a la obscuridad, guarida de todos los monstruos infamantes, que desde hace cuarenta años babea nuestras ruinas; vuelve a tu cloaca y no asomes nunca la cabeza a la luz del día; y como el humo que abandonado a los vientos infecta y todos, al pasar cerca de él, lo evitan, vague tu vida a la ventura de ribera en ribera. No hables, cállate porque acabas de vender el tesoro del honor, y no puede haber excusa alguna para tu crimen.

* *

Sin encontrar jamás un amigo que te reciba al abrigo de su techo, anda como otro judío errante, camina cargado con el oro que se ve relucir entre los dedos de tus manos mal cerradas. Todos los bienes del mundo, como maduros racimos, penden de las vides que hallas en tu camino, porque en la tierra el rico todo lo consigue excepción hecha del honor, porque el honor no se compra. Apresúrate a gozar, maldito, y camina sin tregua, y que todos, al verte pasar, exclamen:—«¡Ese es el cobardel!» ¡Camina! sin tener otro compañero que tu remordimiento. ¡Camina! El desprecio público, que es la sombra de la vileza, de año en año crece y rechaza sin cesar, haciéndose cada vez más denso para los traidores perversos.

que vende a su ciudad, grupo de miradas siniestras, raza ingrata y vil, todos ellos te recibirán jubilosos, y Louvel, asqueado, se negará a estrecharte la mano.

* * *

¡Cuando llegue el día en que la emboscada de la muerte, que se abre de pronto para los mortales, espantado, te haga pasar de la vida a la realidad sombría, eterna e inmóvil; cuando cada vez más solo y más débil te afiances inútilmente a tu tesoro; cuando la muerte se te acerque, estando acostado sobre un montón de oro y vacíe con brusco movimiento tu mano llena y crispada, con la misma facilidad que el hombre abre la mano de un niño, entonces en el abismo adonde se precipitan los traidores, unos sucios de cieno, otros manchados de sangre, caerás perdido en la playa fatal entrevista por el Dante, caerás condenado y sumido en la desesperación, para que tu crimen no quede sin castigo y para que tu alma, errando entre las otras almas, sea la más abyecta entre las más infames! Cuando los hombres mendaces cuyos repugnantes nombres escribió la historia te vean entre ellos, esos hombres, a quienes el oro hizo cometer toda clase de delitos, a los que todos los pueblos, al pasar, escupen en el rostro, los más desconocidos como los más famosos, que conservan aún en los labios la huella de un beso traidor, Judas que vende a su Dios, Leclerc

que vende a su ciudad, grupo de miradas siniestras, raza ingrata y vil, todos ellos te recibirán jubilosos, y Louvel, asqueado, se negará a estrecharte la mano.

Julio de 1835.

XI

Príncipe, permitidme que os recuerde vuestra memorable acción, sin pensar en la alta esfera que ocupáis. Un padre con sus hijos, envueltos en profundas tinieblas, corrían a perderse en el fondo de un abismo de dolores, el padre en el crimen y las hijas en la deshonra. Como viajeros extraviados durante la noche se llaman unos a otros de un extremo a otro de la montaña; en la pendiente del abismo se dirigieron a vos, llamándoos; yo también os llamé y os dije:—«Esos pobres extraviados van a caer en el precipicio; tendedles la mano, socorredles!—Vos mirasteis a la orilla del camino; sin preguntar sus nombres os inclinasteis para tenderles las manos, los salvasteis, y a mí, a quien pensativo contemplabais, me disteis las gracias.

* * *

Eso es noble, eso es grandioso, señor. Recogidos bajo la tienda de campaña que tuvisteis la bondad de desplegar para ellos, están

allí recobrando la esperanza, la su fluido tesoro las enhiestas puntas de hierro que se levantan entrever, merced a los rayos de vuestra gracia, que han taladrado sus oscuras nubes, el horizonte menos triste para proseguir su camino. Ese grupo, estremecido aún, por vos se libra de la perdición, y como el pájaro mojado por la tempestad, se abriga en una encina, esperando para volar que se le seque la humedad de sus alas.

15 de septiembre de 1834.

* * *

XII

A CANARIS

Joven de corazón noble, obrad siempre de este modo: abrid siempre la puerta al pobre; tended siempre la mano al borde del abismo, en el que se precipita la desgracia y del que sale convertida en crimen; sed la llave santa que muchas veces reemplaza a la antorcha, que abre la esperanza y cierra la tumba.

* * *

Sed el refugio, el apoyo, el techo y el puerto del que es infeliz; que así conseguiréis que derramen en vuestras manos lágrimas de cariño el proscrito, la joven que va a extraviarse, el anciano necesitado y los niños que tiritan de frío y carecen de madre y de pan.

* * *

Como la altiva nube, que en las olas, esos poetas, como el vuelo sublime deja que le roben Etna llameante, conservan la lava

¿En qué consiste que mi pensamiento se dirige de continuo hacia ti, griego ilustre, en quien nadie piensa más que yo? ¿En qué consiste que yo solo trato de rehabilitar tu gloria? Mientras que muchos retóricos locuaces suben a los tablados para llamar la atención, ¿por qué mi espíritu se vuelve hacia ti, hacia ti que estás olvidado por el mundo? Es que te vi tranquilo y grandioso cubierto de laureles. Los que cantamos somos apasionados de los guerreros, como sin duda tú lo serás de los poetas. Tus acciones propician materia a nuestros cantos, porque el héroe es fuerte y el poeta es sagrado. Los poderosos poetas que ningún viento arrastra son semejantes al volcán de Sicilia, que muchas veces habrás visto humear; sobre las olas, esos poetas, como el Etna llameante, conservan la lava

en el corazón y dejan que fructifiquen las espigas en la sombra.

* * *

Además, tuvo siempre mi alma por instinto, cuando el caos de humo y de llamas, cuando el gran torbellino que nos arrastra hacia el día y hacia la noche pasó rugiendo sobre los héroes y sobre los sabios, y cuando después que ha pasado se suele ir a visitar la playa, el anhelo de ir yo también a ella a recoger a los naufragos, a los olvidados y a los muertos.

* * *

No eches nada de menos; que tú sacaste la mejor parte. Envejecer en este París que se lamenta y que llora, que canta deslumbrado por mil visiones; ser admirado dos días por una desconocida multitud; oír en el abismo, al que afluyen todos los arroyos, el ruido que produce un nombre que cae de improviso sobre la muchedumbre; ser arbusto entre la hierba y gigante entre los pigmeos, todo esto no equivale, hijo del mar, a la dicha de surcar esas olas que vieron partir a Argos y llegar a Colón.

* * *

Si tú nos vieses, hijo del Archipiélago, cuando la prensa dirige a todos unánime llamamiento,

fortificar a toda prisa un derecho que tratan de destruir; y a la multitud, entregada al que nos quiere dirigir contra un poder pigmeo tocando a rebato, arrojarnos en tropel al asalto de una ley, ¡cómo despreciarías nuestros combates de niños, tú que rompes las cadenas con sacudidas solamente; ¡tú, cuyo fuerte brazo durante la noche envía los capitanes pachás que están solazándose con sus icoglans, sus negros y sus mujeres desnudas a despertarse en el otro mundo!

* * *

¿Qué te importa que te olviden aquellos de quienes tú te reirías si los vieras de cerca? ¿Qué te importan sus corazones de cera o de piedra, ese tratante, que es una sanguijuela del pueblo, que sólo sirve para llenarse de oro, como la esponja se llena de agua; ese comerciante ávido, puesto de codos sobre el mostrador, ni ese joven enervado, de rostro imbécil, eunuco del corazón, que sólo admira en París las mujeres de raza y los caballos de precio? ¿Qué te importa París que sucesivamente se duerme y se despierta, y sufre pesadillas, esperando con impaciencia que brille la luz del día? ¿Qué te importa Londres, en el que el hospital es inferior al Hipódromo, ni Roma, que sólo es ya la sombra de lo que fué la antigua Ciudad Eterna?

* * *

¿Qué te importa de todo eso? Entretanto, tú, de pie en el puerto, vendes a algún inglés un pasaje a bordo de tu buque; o haces rodar y alinear en la playa los fardos que durante mucho tiempo el marcader ha esperado; o sonriendo acoges a tus iguales, a tus amigos los patronos de Corinto y de Argos, y quizás en estos momentos alguna mujer de Grecia a la que una venda pagana sujeta las negras trenzas, que es madre fecunda o acaso doncella, fija en ti sus hermosos ojos transparentes, recuerda a Psara, a Chío y el mar que Canarias llenó con su fama, y admirándote desde lejos, como se admira a un rey sin osar hablarte, pasa rezando por ti.

21 de mayo de 1833.

XIII

No había cumplido aún veinte años y había abusado ya de todo lo que puede amarse, mancharse o romperse. Las pálidas voluptuosidades, al oírle, salían atropelladamente de su impura guarida, cuando su sombra pasaba cerca de ellas. Agotaba noche y día su savia en las orgías, como se gasta la cera ardiente en la mecha de los cirios. En el verano se dedicaba a la caza y en el invierno acudía al teatro de la Opera, a

oír por casualidad a Gluck o a Mozart. Jamás apagaba su sed en los grandes manantiales que hicieron brotar Homero y Shakespeare. No creía en nada, no soñaba nunca; el aburrimiento hostezaba en la cabecera de su lecho. Su ironía infecunda ladraba a todo lo que era digno y noble; compraba el amor y era capaz de vender a Dios. La naturaleza, el mar, el cielo y las estrellas no le inspiraban otra cosa que el fastidio; no le gustaba el campo; su madre le aburría, y al fin, enervado, y no sabiendo ya qué hacer, sin odio y sin cariño, antes de morir, desazonado por el temor del día siguiente, una noche que encontró una pistola a mano, arrojó el alma al cielo, como el que arroja una taza vacía al techo del gabinete.

* * *

Joven, fuiste cobarde, imbécil y perverso y no te compadecemos. Cuando recorre un campo el hierro cortante del arado, ¿compadecemos acaso a la cizaña que destruye? Pero sí que compadecemos con todo nuestro corazón a la que tuvo la desdicha de dar a luz semejante hijo, a tu madre, pobre y anciana mujer, encorvada por el peso de los años, que te mecía en la cuna y a quien tu arrastras al sepulcro

* * *

También compadecemos, y es sagrada para nosotros, a pesar d